

Estos son los primeros dolores de todos los partos.

Todos los poetas procuran parir solos; después es cuando dan á luz.

El escribiente hacía esfuerzos inauditos y le sucedía lo que les ha sucedido á muchos grandes hombres.

No estaba para el paso.

Tachó diez veces la primera palabra, la escribía de nuevo y de nuevo le parecía estúpida unas veces, fría otras y lo más aquella palabra se quedaba sola, sin poder ligarla con otras.

Por fin escribió:

«*Salve, artista á quien amo tanto.*»

Esto era verdad, pero no era verso.

—Lo de *salve, artista*, está bueno, decía el escribiente; pero lo demás me disuena.

Dejemos al poeta luchando con las mil dificultades que lo atormentaban, y volvamos á visitar á nuestra desgraciada prisionera



## CAPÍTULO VI.

### DOS ENTREVISTAS.

GUADALUPE fué conducida á Santa María del Río por el vecino amigo de D. Pepe, quien habiendo tomado todas las precauciones que el caso requería, logró instalar á su prisionera en la pieza en que la hemos visto, sin que hasta el momento en que había hablado con Pico hubiera en el pueblo una sola persona á cuya noticia hubiera llegado aquel asunto.

D. Pepe se presentó bien pronto en el cuarto de Guadalupe; ésta arrojó un grito

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, MEXICO

al verlo, y desde ese momento comenzó la más heroica de las luchas, la más tenaz de las resistencias por parte de Guadalupe.

D. Pepe García estaba enteramente á merced de una de esas pasiones desenfrenadas y terribles que inducen al hombre á todo género de excesos.

Hacia dos años que la imagen de D. Pepe era para Guadalupe la más perseverante amenaza á su tranquilidad; hacia dos años que D. Pepe había emprendido una de esas persecuciones incesantes y tenaces que formaba ya parte indispensable de sus costumbres y de su manera de vivir. En este tiempo Guadalupe había tenido dos pretendientes que don Pepe había logrado alejar de la hacienda, valiéndose de medios violentos y reprobados.

D. Pepe contó á Guadalupe con todos sus más insignificantes pormenores la historia de la terrible noche en que la casualidad había puesto á Guadalupe en manos de su perseguidor.

—Quiere decir, exclamó Guadalupe, que

usted no me ha salvado sinó para perderme? ¡oh! ¿por qué no me dejó usted morir sobre aquella mula infernal, que al fin hubiera acabado por precipitarse conmigo en una barranca?

—Es el destino de usted, Guadalupe, y el mío el que nos ha unido para siempre.

—¿Para siempre? No, algún día saldré del poder de usted. Esto no puede prolongarse.

—Tengo tomadas todas las precauciones.

—Alguna vez podré burlarlas.

—Es inútil, usted nada puede.

—Hasta aquí he podido ser fuerte, Dios no me abandona, Dios me salvará.

—Sea usted generosa y perdóneme, Guadalupe; he prescindido ya de toda violencia y quiero acercarme á usted por el camino de su corazón.

—Ese camino está abierto para todos los seres que me aman.

—Entonces está abierto para mí.

—No.

—Qué debo hacer para llegar á su cariño?

--Ya lo he dicho, ser bueno, procurar serme agradable.

—¿No lo soy acaso consagrandome á mi amor toda mi vida, toda mi fé, todo mi entusiasmo?

—Constituyéndose en mi carcelero, en mi verdugo.

—¿Y habría de abandonar espontáneamente una situación que, por violenta que sea, me proporciona el placer de venir á contemplar á usted y á repetirle que la amo? ¿Podría darle á usted la libertad que tanto desea, sin la garantía de que un sacrificio tál sería alguna vez recompensado?

—Pues ese es el camino, el único, porque en esta situación, cada día, cada instante que pasa es una piedra que se levanta para robustecer la muralla que nos separa. Estoy resuelta á todo, la violencia de usted me indigna, su tenacidad robustece mis resoluciones y sus violencias me acercan á la muerte.

—A la muerte?

—Sí, la muerte mil veces antes que ce-

der; usted lo ha visto; usted mismo puso en mis manos el arma con que me amenazaba y yo la guardo como mi salvación.

—¡Que necio fuí en cederla!

—Dios la puso en mis manos.

Don Pepe se quedó pensativo. Recordaba en aquel momento la heroica, la sublime resolución de Guadalupe, para darse la muerte: conocía que era capaz de hacerlo, y desde el día en que se persuadió de ello había prescindido efectivamente de toda violencia.

—Ameme usted, Guadalupe, ámeme usted y me verá convertido en el más humilde, en el más tierno de los hombres: mi vida no será más que el culto de su amor que es mi cielo, no viviré sinó para complacer á usted, para hacerla feliz.

—Jamás, dijo enérgicamente Guadalupe: mi corazón vive en un mar de odio que gota á gota acrece con cada una de las palabras de usted: hace dos años es usted mi sombra y hoy que ya no tengo padre, que me he quedado sola en el mundo, cuando

necesito más que nunca un sér que me consuele, un sér en quien depositar mis lágrimas y mis recuerdos, hoy se me aparece usted de nuevo encerrándome en el círculo de hierro de su tiranía y de su fuerza; ¿y lo he de amar así? ¿se atreve usted á esperar esta absurda aberración de quien no tiene para usted más que odio? ¿de quien no tiene palabras sinó para execrarlo? Pero yo sabré romper ese círculo de hierro, cuento aún con Dios, que es el protector de la inocencia y me siento con bastante valor para sufrir aún. Salga V., pues, y déjeme usted sola con mi silencio y mi desgracia no la exacerbe V. más con su presencia. Salga V.

Don Pepe se levantó de pronto é iba á tomar una de las manos de Guadalupe, quien á su vez de un salto estuvo en pié y á dos pasos de su perseguidor, con la cabeza erguida, la mirada centelleante y blandiendo en la mano derecha un pequeño puñal.

—Fuera de aquí! gritó Guadalupe con la entonación más enérgica, con la expresión de la más alta dignidad.

Don Pepe García la midió con la vista, pero no pudo resistir por largo tiempo la mirada de Guadalupe: había tanta grandeza en aquella mirada, que el cacique se replegó en su miseria sintiendo todo el horror de su criminal conducta.

—Ya pronto, exclamó con voz sorda, se agotará mi paciencia; ya pronto pondré en práctica otros medios que la harán á usted mía irremisiblemente.

Por los labios de Guadalupe vagó solamente una sonrisa de profundo desprecio.

Don Pepe sintió anudársele la garganta y no tuvo ya más palabras: se dirigió hacia la puerta y la cerró por fuera fuertemente; después se oyó el ruido de otra puerta y después nada.

Guadalupe bajó el brazo con que blandiera el puñal y se dejó caer, laxa y sin fuerzas, sobre un asiento, y como queriendo respirar nuevo aire.

Pasó un larguísimo rato inmóvil, fija en tierra la vista y con una expresión de dolor inconcebible.

Después rodaron de sus párpados algunas lágrimas.

Don Pepe García había llegado á su habitación pensativo y altamente preocupado, como siempre que tenía alguna entrevista con su prisionera.

Se sentó maquinalmente frente á su mesa cediendo á la costumbre, y también clavó la mirada como un loco en el primer objeto que encontró delante.

Don Pepe tendría cuarenta años, su fisonomía estaba acentuada por líneas resueltas, tenía gruesas las cejas, que le sombreaban las pupilas dándoles mayor concentración á su mirada; predominaba en él el tipo indígena, pero las comodidades de que había podido gozar, habían impreso en su fisonomía cierto aire resuelto, y aún nos atrevemos á decir que había modificado sus facciones.

La nariz de D. Pepe presentaba una ligera curva en su parte superior, lo cual le daba cierto tinte de audacia; sus labios eran gruesos y tenía afeitada toda la barba, que



*D. Pepe García había llegado á su habitación pensativo.*

de otro modo hubiera aparecido escasa, cana y áspera.

Después de un largo rato de concentración, D. Pepe levantó la cabeza y respiró profundamente.

—Va! exclamó; valor!

Y se dirigió á una cómoda que estaba inmediata, sacó un vaso y una botella y se sirvió una buena dosis de mescal de la hacienda de la Pila; lo apuró de un sorbo, se limpió los labios con los dedos y después sacó de su petaca un puro cortado.

—Veremos quien puede más. No quiero contar nunca que una mujer.... que una mujer me haya resistido.

Encendió el puro, se sirvió nuevamente mescal y se sentó á saborearlo.

—Chiquitilla! pobre chiquitilla! pero ya la tengo; y luego el diablo del médico que se ha ido! Pero ya estaba para darme la receta de las píldoras de opio..... ¿Y por qué no comprar yo mismo el opio? No me lo venderán en las boticas, pero en un almacén de drogas de México, por qué no

me lo han de vender? Venden estricnina....

Dió otro trago y se sirvió mescal por la tercera vez.

—Dormida..... ¡oh! el sueño es muy provechoso para los locos, y Guadalupe se está volviendo loca, lo cual es una estupidez, porque ella se la pierde.

—Le he ofrecido que será mi esposa.... y se ríe, cuando tengo doscientos mil pesos.... Eh?..... quién toca?..... No es nadie; doscientos mil pesos, repitió bajando la voz, que nadie lo creería.....

Bebió más mescal y dió fuertemente sobre la mesa con el asiento del vaso.

—Mientras yo tenga mucho dinero..... ¡qué escrúpulos ni qué..... los escrúpulos se quedan para los pobres.

Largo tiempo pasó D. Pepe delante de su botella; y tal vez cuando sintió bien ahogada su conciencia en mescal de la Pila, fué cuando levantándose con más fuerza de la que hubiera podido esperarse, se ciñó á la cintura una gran pistola de Colts de cuyo cinto pendía también un cuchillo con puño

de plata, se envolvió en su jorongo de vivos colores y salió de su casa.

Bien pronto se perdió por unas callejuelas obscuras, en las que muchas veces fué acometido por los perros; pero D. Pepe no dejaba nunca de las manos un grueso bejuco que no tenía otro destino que defenderse de los perros en las excursiones nocturnas.

Al día siguiente de esta escena y mientras D. Pepe se ocupaba de los preparativos del día de campo en obsequio de la compañía dramática, Pico hacía su segunda visita á Guadalupe, según él á Isolina, pues tal era el nombre con que la conocía.

Pico se había encerrado en su habitación y en seguida abrió la ventana. Alí saltó inmediatamente y el León apareció en el patio, ladró dos veces, pero al reconocer á su amigo meneó la cola y se acercó á la ventana.

Alí no se había atrevido á bajar y por un corto rato estuvieron ambos animales como reconociéndose mutuamente. El León fué

el primero que corroboró las amistades dando un brinco y una media vuelta en el patio, como para iniciar el juego de la vispera.

Alí se paró en el borde de la ventana é indicaba con algunos movimientos su intención de saltar al patio; pero se contenía en seguida observando al León.

Una especie de gruñido cariñoso de éste, acabó de decidir á Alí á dar el salto, y los dos amigos probaron una vez más que las bases en que se apoyaba su amistad eran sólidas.

La ventana de Isolina se había ya abierto y Pico había tenido el gusto de saludarla con una fina sonrisa.

Atravesó el patio y saltó á la ventana.

—Señorita, estoy de nuevo á las órdenes de usted.

—Gracias, mil gracias, mi generoso protector.

—Me ha dicho *mi generoso protector*, pensó Pico; esta chica vale la plata.

Pico ya no tenía albarcas, ni medias azu-

les, ni camisa con golondrinas; se había operado una conveniente transformación en su traje. Vestía un gabán pardo, el que le servía para hacer sus papeles de calavera: según él mismo, estaba vestido de *galancete*.

—Este traje, había pensado, cuadra á la situación en que voy á encontrarme; yo soy un calavera solicitado por una dama, para prestarle un servicio importante. Debo ponerme en caracter; y como por otra parte, esta joven ha de tener gratitud, bueno será añadir á la gratitud el atractivo de mi persona; porque en fin, el camino natural es que esta joven se enamore de mí, y alejando la incuria, no llevando mi camisa de golondrinas, ni las ridículas albarcas del tiempo de los godos, estaré presentable; y verá mi bella desconocida que soy tan galán y apuesto como cualquiera.

—Isolina, exclamó Pico sentándose con cierto aire de familiaridad; hija mía, agregó, aquí estoy para servir á usted. Anoche la compañía ha obtenido un verdadero triunfo; la dama arrebató, tuvo cuatro llamadas.

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1425 MONTERREY, NUEVO LEÓN



Del Campo hizo furor. ¡Oh! como que es un actor de primer orden, y á todos los actores parece que les pagaron; lo hicieron admirablemente.

—Y usted? le preguntó Isolina.

—Yo, hija, en la concha, allí es donde está el todo; el apunte es el alma; sin mí rodarían todos; qué quiere V., hija, la práctica nada más, la práctica; pero vamos á cuentas, ¿usted se siente con vocación para las tablas?

—Yo.... balbuceó Isolina sorprendida por la andanada de Pico, ¡oh.... si pudiera salir de aquí!

—Cómo si pudiera? pues si eso es hecho, hija, cuéntelo V. por seguro. Estoy resuelto á cederle á V. mi caballo, que se parece al de D. Quijote; y en cuanto á salir, me parece la cosa más fácil del mundo. Atravesamos el patio, y una vez en mi habitación, á la calle: me parece esto tan sencillo que no comprendo como no le había ocurrido á V. hacerlo así desde hace tiempo.

—Se lo explicaré á usted: esta ventana

estaba condenada, y el haberla abierto sin que se note es el resultado de un trabajo de dos meses; vea V. que las puertas....

—Efectivamente, exclamó Pico examinándolas, el barrote de una está adherido á la otra y la cerradura intacta. No me había equivocado al decir que V. tiene mucho talento; este es un procedimiento ingeniosísimo para abrir puertas, y no lo echaré en saco roto.

—No es mío el mérito de la invención, pues la puerta misma se prestaba á esta operación; pues aunque parece muy fuerte está apolillada interiormente y ya los barros de abajo estaban separados.

—Entonces es un genio protector, un talismán, como el de las comedias de magia, el que ha puesto aquí su influencia; de todos modos felicito á V. por sus buenas medidas para la evasión: todo saldrá á las mil maravillas, hija mía; empieza V. á ser hija de la suerte, y esta suerte tengo el honor de ser yo quien la ha traído; ó más bien dicho, mi simpático Alí, el mejor de mis

amigos de quien debo hacer á V. la completa apología; porque mientras no esté V. al tanto de sus prendas morales no acabará V. de estimarlo convenientemente; pues á pesar de lo mucho que yo le quiero, convengo en que su aspecto es ordinario y sus modales no muy caballerescos.

—En primer lugar, este apreciable cuadrúpedo me ha hecho pensar algunas veces en la transmigración y he estado á punto de convertirme en un perfecto pitagórico. Créame V., hija mía, mi perro guarda en su cerebro el alma de algún sér, que bien pudo haber sido muy desgraciado, pero no por eso menos entendido y discreto.

—Alí ha sido mi proveedor de cámara, como diría un rey ostentoso: yo he hecho ya reyes de esos y mi majestad real ha sido saludada por el respetable público.... Pues como iba diciendo, mi perro me ha dado muchas veces de comer, virtud tanto más apreciable cuanto que el primer inconveniente para tener un perro es mantenerlo; pues hé aquí que mi Alí me ha mantenido.

Isolina hizo un movimiento.

—No se sorprenda V. ni ponga en duda jamás las aseveraciones que salen de la boca de Pico. Me llamo Pico para servir á usted. No sé si ya lo había dicho, pero es lo mismo; Pico es un apellido raro ¿no es verdad? no se ría usted.

—Yo....

—Esto no me cogería de nuevo porque ya me ha sucedido y he tenido que resignarme; desciendo en línea recta del Pico de Orizava, no porque yo haya subido nunca, sinó porque mis abuelos eran de allí; pero volvamos á mi cuento: decía yo que Alí me ha mantenido y voy á demostrarlo.

—Cuando pertenecía al ejército, porque he sido militar, hija mía, militar, ¿no se me conoce? véame V. bien, conservo el aire yo marcial y tengo la costumbre de pararme cuadrándome al frente; cuando era yo militar, mi perro, mi Alí, hacía conmigo la campaña, entrábamos juntos en acción; pues bien, poco antes de llegar á una población,

rancho ó paraje, mi perro se adelantaba á carrera abierta, por cansado que estuviera; esta carrera quería decir esto al pié de la letra: «Pico te voy á traer el almuerzo.» Efectivamente, á poco rato volvía Alí trayendo un pollo entre los dientes, me lo entregaba religiosamente, y no esperaba, el desinteresado animal, ni á que le diera las debidas gracias, sinó que seguía caminando con la naturalidad propia de una persona que no cuenta los favores que hace; y esta es la única vez, sea dicho de paso, en que le he encontrado algunas ventajas al no saber hablar.

—Por mi parte, como no sabía á quien pagarle el pollo, lo entregaba á mi asistente que se encargaba de quitarle el traje de caracter, quiero decir, de desplumarlo, y después de asarlo en crudo, todo por vía de medida precautoria y mientras parecía su dueño, cosa que, por otra parte, se me hizo siempre muy difícil de averiguar.

—Cuando no era pollo era algún marranillo, el cual con unos pulmones más buenos

para actor trágico que para cochino adjudicado, me ponía en graves apuraciones.

—Esta es, entre otras muchas, una de las estimables prendas de mi Alí. Se lo recomiendo á usted como individuo de nuestra próxima expedición, en la que usted cabalará en mi rocinante que yo llevaré del ronzal, y júrelo usted, hija mía, así emprendemos el camino de la gloria artística; por ahora me voy porque estamos de manteles largos y ya me esperan. Adios, Isolina, ánimo; nos veremos seguido mientras llega el momento de partir.

Diciendo esto Pico tomó las manos de Isolina, las estrechó entre las suyas, y de un salto se puso en el patio, y después subió á su ventana desde donde llamó á Alí, saludó de nuevo y cerró.

